

Herbert Spencer

V

A pesar de todo lo dicho, no tenemos la sencillez de creer que un razonamiento cambiará las convicciones de los que ponen su confianza en las leyes.

Las razones que hemos expuesto pesarán en ciertos espíritus. Para otros espíritus distintos, tendrán poca o ninguna importancia; y, con éstos, vano ha de resultar siempre el empleo de tales razones.

La experiencia no nos enseña sino una parte de la verdad.

Demasiadas Leyes

Para que una experiencia nos sirva de enseñanza, es menester que podamos comprenderla.

Y las experiencias que llegan a cierto grado de complejidad son incomprensibles para la mayoría de los hombres.

Que es lo que sucede con la mayor parte de los fenómenos sociales.

Recordemos que, desde hace dos mil años y aún más, los hombres vienen dictando reglamentos para el comercio, y que estos reglamentos dan por resultado el debilitamiento de ciertos negocios, matando otros.

Y en vano esta lección se ofrece constantemente a todo el mundo: hasta los últimos tiempos no se ha hecho el descubrimiento de que el pasado había sido un funesto error; y aún hoy somos muy pocos los que tal cosa reconocemos.

Herbert Spencer

Pues bien, sepámoslo; las elecciones más frecuentes y más varidas de la experiencia no son lecciones hasta el día en que los espíritus se hallan en estado conveniente para recibir-las. Mas aún, cuando las reciben, no es sino de un modo imperfecto. La verdad que encierran no es entendida sino a medias, hasta por aquellos que mejor la debieran comprender.

He aquí, por ejemplo, lo que dice Roberto Peel en uno de sus últimos discursos, después de describir el maravilloso acrecentamiento que el librecambio ha causado en el consumo.

«Luego si podeís sostener el consumo en tal estado; si, *por vuestras leyes* y gracias a la Providencia, *podeís mantener en el estado actual la demanda de trabajo, y dar a vuestro comercio y vuestra industria la prosperidad*, no sólo acrecentaréis la suma de dicha de que gozan los hombres, sino que aseguraréis a los agricultores de este país un beneficio,

Demasiadas Leyes

porque este aumento de pedidos contribuye por encima de todo a su bienestar¹⁷».

Así, pues, esta prosperidad, que se debe a la supresión de toda ley acerca de este punto, encuéntrase aquí en relación con un género a parte de legislación.

«*Podeís* sostener la demanda -dice el mencionado orador,- *podéis* dar al comercio y a la industria la prosperidad».

Y, al propio tiempo, los hechos que cita declaran que el solo medio para los lesgisladores de hacer todo esto consiste en no hacer nada.

La verdad en la cual, en este sentido, descansa todo, esa verdad que dice que la ley ha causado males infinitos y que esta prosperidad era el efecto no de la ley, sino de la ausencia de la ley, es una verdad de que se ha prescindido, y la fe del orador en las leyes en

¹⁷ *The Thimes* del 24 de febrero de 1850.

Herbert Spencer

general, en vez de haber sido forzosamente conmovida por esta experiencia, parece tan sólida como nunca.

Por otra parte, ahí está la Cámara de los lores, que sin duda no quiere creer aún en una clara relación natural entre la oferta y la demanda, y que la pasada semana adoptara este reglamento:

«Antes de la primera lectura de toda proposición concerniente a la ultimación de un trabajo para el cual ha sido hecha una demanda con el fin de expropiar treinta o más casas habitadas por gentes de la clase laboriosa, bien sea en una parroquia, o bien sea en otra parte¹⁸, los autores de la proposición tendrán que depositar en la oficina del escribano del Parlamento un estado con el número (tan aproximado como sea posible) de las personas que se trata de despojar, *e indican-*

¹⁸ El territorio inglés se compone de tres clases de circunscripciones: las rurales, llamadas parroquias; las urbanas y antiguas, conocidas con el nombre de burgos municipales; las urbanas y nuevas, poblaciones provistas de un consejo.

Demasiadas Leyes

do si alguna medida, y qué clase de medida, se halla bosquejada en la proposición para remediar los inconvenientes que pudieran resultar de tales expropiaciones».

Luego si en los asuntos del comercio, que por comparación se pueden llamar simples, las lecciones de la experiencia han sido letra muerta durante tanto tiempo, y fueron entendidas de modo tan imperfecto cuando se hacen recibir ¿cómo esperar, en sujetos en los cuales se mezclan todos los hechos de la vida social, morales, intelectuales y físicos, cómo esperar que aprecien sanamente desde ahora mismo las verdades ofrecidas a nuestras miradas?

Los hechos todavía no se pueden hacer reconocer por medio de hechos. El alquimista achacó siempre sus desaciertos a cualquier falta de proporción en los ingredientes, a la impureza de éstos o bien a la temperatura demasiado elevada en el momento preciso,

Herbert Spencer

pero nunca a la futilidad de sus experiencias ni a la imposibilidad de su proyecto.

Y de igual modo, cuando se le habla de un fracaso del Estado, y se quiere deducir de ese fracaso la impotencia de todos sus reglamentos, el adorador de la ley explica el asunto y se desembaraza de él invocando tal olvido ligero, tal pequeño error: pero estos olvidos y estos errores se evitarán en lo sucesivo, sale de ello garante. Y de tal modo se acoraza contra los hechos, y en su armadura, unos tras otros, van esos hechos a estrellarse.

En resumidas cuentas, esta fe en el gobierno tiene un sentido orgánico; no puede disminuir sino por vía de eliminación natural.

Es una forma sutil del fetichismo, tan natural en el hombre en la fase actual de la evolución, como la otra, su grosero prototipo, lo fué en una fase anterior.

Desde la época en que los gobernantes pasaban por semidioses, la idea que se tiene de su poder no ha cesado de degradarse. Esta degradación continúa siempre, y es menester que termine.

Indudable es que cada hecho nuevo que nos alumbra contribuye a ello hasta cierto punto, aunque no tantas veces como parece al pronto.

El solo hecho estable es el cambio. Por muy débil que sea, que se produce en el carácter. Por que mientras el espíritu subsista cortado con arreglo al mismo patrón, de poco servirá que se le arranque tal error especial: en seguida se deslizarán en él por cualquier lado otros del mismo género.

Todas las supersticiones tardan en morir: tal es la regla; y mucho nos tememos que la fe en la omnipotencia del gobierno no sea su excepción.

FIN